

SILVIA

A la Silvia ideal por su muerte real

La improvisada cama estaba lista y los recuerdos del día se fueron filtrando en forma de palabras que se sumían en una realidad insonora, aún confundiéndose con el *buenas noches* que se dejó oír desde una voz familiar y el arribo del motor de una camioneta cercana. Ya se alejaba aquella voz que ahora era una evocación subconsciente y cada vez menos escuchada...

¡SILVIA! ¡Silvia! ¡No..! Al momento el sueño se escapó y no pude más que despertar sobresaltado y asomarme a la ventana para buscar la fuente del grito. Escudriñé la calle y el alumbrado público no anunciaba sino las fachadas y la tierra levantada por el viento del piso no asfaltado. Parecía todo en calma, sólo las luces encendiéndose en la casa del frente, la de los Jiménez, eran signo del suceso no conocido.

Permanecí esperando pero sólo se acercó a mis sentidos de nuevo la voz. ¡¿Porqué?! Aún no alcanzaba a comprender qué era lo que sucedía y las cortinas entreabiertas de otros vecinos rebelaron que no era el único. Alejandro salió de su habitación y al verme junto a la ventana me preguntó. ¿Por qué tanto escándalo? No lo sé, una vecina está gritando, de la casa de los Jiménez. Supongo que doña Tania, vieja neurótica, ni a las dos de la mañana deja sus gritos.

Alejandro regresó refunfuñando a su habitación, dispuesto a dormir a toda costa. Pretendí hacerlo también mientras aún se escuchaban lejanos los gritos de doña Tania, sin embargo, no parecían gritos de enojo, sino de tristeza, de una tristeza profunda: imploraban a Dios, renegaban de él, se cuestionaban; mientras los minutos pasaron los gritos se volvían de la tristeza al odio, a la añoranza. La voz se transformaba, desgarrándose, en tonos y formas indescriptibles. En momentos parecía palpable; era una ola de tormenta alimentada por los rayos del sufrimiento.

Con el morbo de la curiosidad olvidé el sueño recostado en el sofá. De pronto, de entre las cortinas se colaron las luces rojas y azules de una torreta silenciosa. Regresé a mi posición junto a la ventana y vi cómo una camioneta y una patrulla de la Policía Municipal de Silao se detenían frente a la casa de los Jiménez. Bajaron de la patrulla dos oficiales y

tocaron a la puerta. Don Antonio abrió, logré distinguir cómo sus cuarenta años se habían multiplicado en un rostro que de tan triste era claro. Entraron. Estuve esperando pero al no suceder nada después de quince minutos regresé al sofá.

En un rato, la voz comenzó de nuevo su lamento estruendoso. No cesó.



Romita se avivó de nuevo. Era un pueblo-ciudad que tenía aún los rastros de las carretas de antaño, de las bodas a corta edad y de mineros somnolientos los domingos. Desperté por el ajetreo de la casa: la señora Morales preparaba el desayuno, Alejandro me gritaba desde el baño que era casi la hora de partir. Me levanté y vestí de prisa, todavía con sueño. No era yo el único que no durmió bien esa noche, la señora platicaba de los gritos y en la casa de los Jiménez parecía no haber nadie para informarse de aquello que para nosotros no era más que un chisme.

Salimos de prisa y el automóvil cruzó la población en menos de cinco minutos y tomamos la carretera rumbo a León. Diez horas después regresábamos a Romita con la cabeza llena de argumentos indescifrables, pero Alejandro y yo queríamos conocer la razón de los gritos de la noche anterior y olvidarnos de lo demás. Llegamos a Romita y ya en casa de Alejandro pretendimos averiguar algo por medio de su madre: la señora Morales tenía lista la historia.



La familia Jiménez salió como de costumbre a pasear por Silao en la tarde, pero Silvia no les acompañó, ella dijo tener que terminar una tarea, así que se quedó en casa.

La discusión de esa media tarde había sido fuerte. Los chismosos decían que desde la plaza central se escuchaban los gritos de doña Tania regañando a Silvia por la confesión de la existencia del novio de veinte años. Silvia era sólo una niña, pero el platicar a sus padres del novio no era gratuito, a sus trece años la fertilidad tuvo su efecto y el embarazo era ya comprobado; sin embargo, los padres de Silvia no se enteraron sino hasta después de

ese día. El novio negó posteriormente tener conocimiento de ello, pero el escarnio le etiquetó de mentira.

Silvia sollozó el resto de la tarde. Las lenguas dijeron que el novio visitó la casa cerca de las siete de la noche, y que se fue gritando maldiciones para Silvia. Entonces ella se quedó sola y no hubo más noticia. Sólo el regreso nocturno.

Cuando los Jiménez regresaron ya pasada la una de la mañana, habían olvidado el enojo de la tarde anterior, pues para ellos estaba resuelto: Silvia dejaría de ver a ese desgraciado. Pero las luces apagadas y el viento helado que salían del interior de la casa les recibían con sorpresas.

Los gritos de tristeza de la madre angustiada eran perpetuos. Su llorar fue alimentado ante el tubo de la cortina del baño. Los hermanos no lo creían, el padre quiso imitar a Silvia, pero la cobardía lo detuvo.

Silvia, sólo una niña, ya no lo era, ahora sólo quedaba de ella un rescoldo de ser humano, un cuerpo inerte, colgante. El cinturón regalado por el novio fue románticamente el causal de la muerte y los ojos todavía reflejaban haber llorado. La lluvia no llegó por temor y los campos estuvieron secos hasta después del entierro.



El sábado llegó y con él vinieron los chismes pueblerinos. Doña Tania no pudo asistir a los alegatos con el párroco y tampoco a los rosarios piadosos de las religiosas.

Silvia no podía tener una misa de cuerpo presente, ni tampoco entierro en el panteón debido al carácter pecador de la muerte. Eso argumentaba el párroco a los tíos y el padre desesperados por dar a la niña un santo descanso. El asunto llegó al señor obispo quien determinó que Silvia podría ser enterrada en el panteón y bendecida por las religiosas, pero no tener una misa de cuerpo presente. Los familiares desconsolados recibieron la noticia con resignación.

El sábado fue un día ajetreado. Silvia llevaba más de cincuenta y cinco horas muerta y los compañeros de la escuela asistieron al rosario. Desde el techo de la casa de los Morales, Alejandro y yo contemplábamos el ahora recinto de la muerte y el pecado. Las caras de los niños confundidos y de las señoras aparentemente tristes llenaban el lugar de

pésames y bendiciones. Los cohetes subían al cielo desde el día anterior y espantaban a los malos espíritus que querían apoderarse del alma errante de Silvia que, según decían, buscaba entonces su regreso al sendero de Dios y era guiada por los rezos incansables de las monjas preocupadas por su bien.

Sin embargo, las bromas infantiles a las cercanas de la estudiante no faltaron tampoco, acompañadas con la amenaza de que desde el Infierno mismo vendría a buscarlas para llevárselas consigo. Silvia a fin de cuentas no regresó.



...y no debes hacerlo. Puedes ser llevada al infierno por los espíritus. ¿Conoces a la Loca? Su hija fue un mal espíritu que se llevó muchas almas consigo por pecar desde niña; la de su madre entre ellas. Las niñas buenas como tú no deben acercarse a esas cosas del amor hasta que crezcan; es pecado. Escucho la voz del viejo párroco y me sorprende que siga aquí después de tantos años. Romita me trae recuerdos amarillentos como las hojas de los libros que hoy llevo debajo del brazo y que dejé en casa de los Morales, por indagar sobre ella, aquella última vez que vine a visitar a Alejandro. Esos recuerdos con olor a humedad que parecen no quedan más que en el viejo sacerdote que me ve de reojo con desconfianza y en mí.

El párroco recuerda lejano el día en que tuvo que ver el entierro de una niña pecadora, recuerda el enojo ante la decisión del obispo y les recuerda a los niños que no deben seguir el camino de Satanás, que deben alejarse de los males y tiene la certeza de que el espíritu tras muchos de ellos, es la maldita, es de la que ya no se recuerda el nombre y es ese recuerdo la cruz que ha de cargar por sus ovejas.

Jonatan Gamboa

Mil novecientos noventa y nueve